

Los olores de Lisboa
Y los barro de la China,
Hicieron los dos concierto
Que en aquella noche misma,
Si el marido fuese al campo,
Campo franco le daría.
Quedóse en casa una pieza
De Ruan y Holanda rica
En rehenes de la junta
De Portugal y Castilla.
Era la villana astuta,
Y él manchego de la vida,
Y en saliendo el portuñes,
Hablaron de su desdicha;
Y visto bien el proceso,
Condenáronle en revista
En perdimiento de bienes
Para gastos de justicia,
Y á dos docenas de palos
Con la tranca de una encina,
Guardándole la cabeza
A honor de su fantasta.
A dos horas de la noche
Se escondió la bella Cintia,
Cuando el portuñes y el cielo
De bayeta se cubrían.
Tomó su espada y guitarra,
Y entre una y otra requinta,
A suspiros fué templando
Desde el bordon á la prima.
Puesto en la calle, mirando
A la ventana de arriba,
A su dama reconoce,
Que le cecea y le silba;
Y entonando la garganta,
Suspiros y voz caminau
Al aire y á quien tambien
Le escucha muerta de risa.

Romance del portuñes.

—Afora, afora, Rodrigo,
El soberbo castejano,
Acordásete debeira
De aquel tempo ja pasado,
Cuando te armé cabaleiro,
No el altar de Santiago:
Miña mai te deu las armas,
Miño pai te deu el caballo:
Castejano malo,
El soberbo castejano.—

Sigue el romance.

Apénas esto acabó,
Cuando á su mismo requiebro
Por la calle abajo acuden
Otros galanes del pueblo.
El uno era el sacristan,
Que en otros pasados tiempos
De todo su pié de altar
Le daba contino el medio.
Renunciada la sotana
Y echado al mundo el gregüesco,
Viene por la calle abajo
Echando votos y retos.
Sus mismas pisadas siguen
El boticario y barbero,
Que entrambos cantan romances
De Belardo y de Riselo.
Juntada pues la capilla,
Quiso el bonete primero
En una ronca bandurria
Cantar los presentes versos.

Cantar 1.º

«Si siempre crecen así
Tu desden y mi pasión,
Bien pueden cantar por mí
Kirieleison.»
Si de esta manera crece,
Señora, tu disfavor,

Y al mismo punto mi honor
Se levanta y desvanece;
Y si por amar así
No merezco galardón,
«Bien pueden cantar por mí
Kirieleison.»

Sigue el romance.

El barbero y boticario,
Que al sacristan conocieron,
En dos guitarras templadas
Esparcen la voz al viento.

Cantar 2.º

«Zagaleja del ojo rasgado,
»Vénte á mi, que no soy toro bravo.
»Vénte á mi, zagaleja, vénte,
»Que adoro las damas y no mato la gente.
»Zagaleja del ojo negro,
»Vénte á mi, que te adoro y quiero.
»Dejaré que me tomes el cuerno,
»Y me lleves, si quieres, al prado:
»Vénte á mi que no soy toro bravo.»

Sigue el romance.

Determinada la dama
Al concierto del marido,
Entre los cuatro llamados
Fué el portuñes admitido.
Bajó á la puerta y llamóle
Por un pequeño resquicio,
Y entónces él, victorioso,
Cantando á los otros, dijo:

Cantarillo.

«Pois que Madalena
»Remedió meu mal,
»Viva Portugal
»E morra Castela.»
Seja amor testigo
De tamanho ben,
Nao chegue ninguen
A zombar conmigo.
Que á espada é rodela
Aforneira sal;
«Viva Portugal,
»E morra Castela.»

Sigue el romance.

Entróse dentro con esto,
Y los tres que le miraban,
A tres juntaron así
Quejas, voces y guitarras.

Villancico.

«Si para sufrir agravios
»Al amor le pintan ciego,
»¡Fuego!»
Si para ver y callar
Le ponen aquella venda,
El mismo fuego le encienda
Con que nos suele quemar;
Que sufrir ardor y amar,
Y viendo, fingirse ciego,
»¡Fuego!»

Sigue el romance.

Desampararon la calle
Cuando ya el lencero estaba
Desnudo de sus vestidos,
Aunque armado de esperanza;
Pero apénas puso el pié
En el lazo de la cama,
Cuando salió el cazador
Detras de la puerta falsa,
Y á dos manos esgrimiendo
La verde y nudosa tranca,
Al que vive de medir
Midió muy bien las espaldas.
El portuñes daba voces:
—¡Aqui de rey que me matan!—
Pero el Rey, que no lo oía,

Tampoco le remediaha.
Echóse por la escalera,
Y quiso por la ventana,
Y hallando apénas la puerta,
Se fué en camisa á su casa.

(Romancero general.)

1773.

CUENTO DEL HIDALGO HAMBRIENTO.

(Anónimo.)

Un hidalgo de una aldea,
Buen hidalgo y mal querido,
Tan exento por lo pobre
Como por lo bien nacido,
Después de haber levantado
Con la lengua de un palillo
A sus dientes testimonio
De sucios, estando limpios,
Fuése á la casa del cura,
Y hallólo, sin ser obispo,
Confirmando sin el olio
A un sobrino putativo.
Por reverencia del huésped
Dejó el inocente niño
A medio desenojarse
La cólera de su tío.
Estaba la mesa puesta,
Y el cura al hidalgo dijo:
—Aunque no de estar ayuno
Trae vuesa merced testigos,
Honre mi mesa esta vez,
Que en hidalgos los palillos
Suelen ser testigos falsos,
Que juran lo que no han visto.—

De falso envidaba el cura,
Pero el hidalgo le quiso;
Que para estas ocasiones
Están con cincuenta y cinco.
Entró el hidalgo en los antes
Con tal aliento y tal brio,
Que á ser antes de colete
Pienso que fuera lo mismo.
Sirviéronles una polla,
Que el cura pedazos hizo,
Y así la enterró el hidalgo
Hurtando al cura el oficio.
En los nabos y las berzas
Labró tanto el apetito,
Que para comer la carne
Parece que se dió filos.
Hirviendo se sorbió el caldo;
Que tiene en su pasadizo,
Desde la boca á las tripas,
Algunos hidalgos frios.
Traen aceitunas y queso,
Y viendo en cuánto peligro
Estaba ya la comida,
Pues la unción ha recibido,
Pide de beber, y danle
En un valenciano vidrio,
Con ménos fondo que un necio
Y mas estrecho que un rico.
Tomó en sus hidalgas manos
Aquel caliz amarillo,
Y á su cuerpo le traslada
Sin que dejase un registro.
A su casa se retira,
Dejando al cura advertido,
Que de moscas y de hidalgos
Le libre su mesa Cristo.

(Maravillas del Parnaso.)

APÉNDICE PRIMERO.

ROMANCES VARIOS, HECHOS EN VERSOS ANACREÓNTICOS,
Ó SEA DE SIETE SILABAS.

ROMANCES AMATORIOS EN VERSOS DE SIETE
SILABAS.

1774.

(De Lope de Vega.)

Así Fabio cantaba
Del Tajo en las orillas,
Oyéndole las aguas,
Llorándole las ninfas,
La perezosa tarde
Con sombras fugitivas
Bajaba de los montes
En brazos de sí misma;
Las aves vagorosas
Callaban recogidas,
En tanto que la noche
Se revelaba al día;
Las ruedas sonoras
En silencio rompían,
Haciendo á rayos de agua
Esferas cristalinas;
Juntando las ovejas,
Tuerce la honda y silba,
Porque el redil nudoso
Temprano las reciba.
Tendido yace Fabio
En su choza pajiza;
No habla, que está solo;
No duerme, que suspira;
No sosiega, que piensa;

No engaña, que imagina;
No muere, que está muerto
Entre memorias vivas.
Ya lloraba el aurora,
Y abriendo clavellinas,
Como miraban perlas,
Pensaban que era risa;
Cuando á las solas penas
Que el eco repetían,
Cantó, pasando el arco
A la sonora lira.

Romancillo.

«Amar tu hermosura,
»Gracia y discrecion,
»No quiero, Amarilis,
»Que se llame amor.
»Méritos del alma,
»Justicia y razon,
»Quiere amor que sea
»El amarte yo.
»No quiero, mis ojos,
»Querer por favor;
»Rendirme á los tuyos
»Es obligacion.
»No tengo esperanza,
»Toda me dejó;
»Que en amar sin ella
»Peregrino soy.
»Del amor me dicen
»Que es diñicion.
»Desear lo hermoso

»Póneme temor;
»Que si tú lo eres
»Es contradiccion;
»Que amor y deseo
»Uno son los dos.
»Si de la belleza
»Los efetos son,
»Parece imposible;
»Pero al alma no.
»Negar tu hermosura
»Es notable error,
»Y no desealla
»Parece mayor;
»Pero dice el alma
»Que ella se obligó
»A vencer deseos
»Y á amar tu valor.
»Para no perderte,
»Si en tu gracia estoy,
»Traigo tan rendida
»La imaginacion.
»Afréntase el alma
»Que amase mi amor
»Cosa tan perfeta
»Sin gran perfeccion;
»Por eso, Amarilis,
»A mis penas hoy,
»Para mas fineza,
»Hice esta cancion.»

Cantar.

«Que no quiero favores
»Para mis penas,
»Pues me basta la causa
»Para tenerlas.»
De mi amor la esencia,
Amar solo es;
Que aun es interes
La correspondencia;
Con tal diferencia
Mi propia pasion
Llama galardón
Del penar, las penas,
«Pues me basta la causa
»Para tenerlas.»

(VEGA CARPIO, *La Dorotea*.—It. *Maravillas del Parnaso*.)

Los romances anacreónticos de Estéban de Villegas se omiten aquí, por ser puramente artísticos é imitaciones ó traducciones de los clásicos griegos y latinos.

1775.

(De Juan de Salinas.)

¿Qué olas de congoja
Son estas que amenazan
Desde el profundo abismo
A las estrellas altas?
¿Qué noche tenebrosa
De confusion amarga
Encubre de mi norte
La luz serena y clara?
¿Qué vientos de recelos
Afligen y contrastan
En el golfo de ausencia
La nave de mi alma?
«Amaina, amor, amaina;
»Que anegas la paciencia y la esperanza.»
Tirano rey injusto,
Pues eres el que mandas
La tierra, y te obedecen
Los vientos y las aguas;
Pues sabes los bajios
De mi fortuna varia,
Y vos, de mi firmeza
Las rocas levantadas;
Pues ya la antena gime
Y el mar furioso brama,

Y si el bajel embiste,
Ninguna fuerza basta;
«Amaina, amor, amaina;
»Que anegas, etc.»

Que si por dicha fuera
El dueño de la barca,
Echara yo en la mar
Quien causa esta borrasca:
Echara mis memorias,
Que un punto no descansan
D'estar representando
Tragedias desdichadas;
Echara mis deseos,
Que con ligeras alas
Pretenden imposibles,
Muriendo en la demanda.
«Amaina, amor, amaina;
»Que anegas, etc.»

Por lastre mas pesado
Llevo desconfianzas,
Que crecen y revientan
La nave con su carga:
No atina ya el piloto
En cuantos grados anda,
Perdido ya del curso
La brújula y la carta.
Si manda echar la sonda
Con infinitas brazas,
Jamás hallar podrán
El fondo á mis desgracias.
«Amaina, amor, amaina;
»Que anegas, etc.»

¿Qué mucho que le falten
A mi esperanza flaca
Las fuerzas, si se anega
El agua á la garganta?
¿Qué mucho que se escape
La fe, y á nado salga,
Si el mar y vientos juntos
No bastan á anegarla?
¿Qué importa que la vida
Se salve en una tabla,
Si es esta mi enemiga,
La misma que me mata?
«Amaina, amor, amaina;
»Que anegas, etc.»

Amor, si d'esta escapo,
Y la furiosa saña
Del mar embravecido
Conviertes en bonanza;
Si el dulce puerto pisan
Mis venturosas plantas,
Y las arenas beso
De mi tan deseadas:
Prometo en nombre tuyo
De despojar la Arabia,
Y de olorosos fuegos
Enriquecer tus aras.
«Amaina, amor, amaina;
»Que anegas la paciencia y la esperanza.»

(Códice de poesías de Juan de Salinas y otros, siglo xvii.—It. *Romancero general*.)

1776.

(Anónimo.)

¿Qué triste abril, pastores,
Que olvidan ó suspenden
Lo florido, los campos,
Lo risueño, las fuentes!
Los árboles desnudos,
Que se visten parece,
Mas que galas de mayo,
Injurias de noviembre.
La verde lozanía
Selvas y montes pierden,
Donde la primavera
A sí misma se ofende.

La presuncion hermosa
De las flores alegres,
¡Qué desmayada vive!
Qué ofendida amanece!
No despiertan las aves
Al aurora, que duerme
Purpúrea entre jazmines,
Nevada entre claveles.
Todo es melancolia,
Todo triste parece;
Que ausencias de Belisa
Lo han traído á la muerte.

(Primavera y flor de los mejores romances.)

1777.

(Anónimo.)

¡Ay de mí! que pudiendo,
Bellísima Sáfira,
Gozar entre tus brazos
Las horas y los días;
Pudiendo en tus cabellos
Gozar las ricas minas
Que el avariento busca
En las remotas Indias;
Pudiendo en tus dos ojos
Arder el alma mía
En luz de dos estrellas
Que á blando amor incitan;
Pudiendo anticipadas
Gozar en tus mejillas
Hermosas primaveras
Y de flores mas ricas;
Pudiendo yo en tu boca
Ver del alba la risa,
Y en tus dientes las perlas
Que sus ojos destilan:
No sé yo qué decreto
De deidad enemiga
Me arrastra á tierra ajena,
Y á dejarte me incita.
¿Qué he hecho yo á los hados,
Que quiere mi desdicha
Hacer de un alma pobre
Que parta de su vida?
Sospecho muchas veces
Que del cielo es envidia,
Que aun él puede quejarse
De que le das envidia.
¿Qué podrán ver mis ojos
Que tus dos ojos vian?
Mas cegarán llorando
Tu ausencia y mi partida.
No los verán enjutos
Ni la noche ni el día;
Ni se alabará el sueño
Que descansó en sus niñas;
Y para consolarme
Cuando amor me permita
Algun ocio hurtado
Para mis fantasías,
Me engañaré creyendo
Que, a lástima movida,
Te acuerdas de mi nombre:
¡Ojalá lo repitas!
Haré que me respondas,
Cuando nunca me escribas,
Y diré que se pierden
Las cartas que me envias.
Fingirme á mí mismo
Que alguna vez suspiras,
¡Ay quién lo mereciera!
A mí fe agradecida.
Desconfianza y miedo
Me harán compañía,
De los que tú mirares
Y de los que te miran.
Siempre estaré colgado
De las horas vecinas.

Al carro de mi vuelta,
A ver esas orillas.
Muda estará mi musa,
Descansará mi lira,
Mi voz daré á mis quejas
Por última armonía.
Te mostraré mi rostro
La tristeza amarilla;
Que cualquier caminante
En mirándome diga:
—«Este es amante ausente,
»Que á la muerte camina
»Del amor ¡buen viaje!
»Por sendas tan perdidas.»

(*Maravillas del Parnaso*, etc.)

1778.

(Anónimo.)

La discrecion del soto,
La gala del aldea,
La fénix del donaire,
Amarilis la bella;
Aquella morenilla
Que trujo á nuestra sierra
El fuego de Etiopia
Entre rosas morenas;
La de los ojos negros,
Que en cristalina esfera,
Siendo sierpes del prado,
Son del amor centellas.
¿Mas quién vido, zagales,
En un cielo de perlas,
Morenos los cristales
Y negras las estrellas?
Sabello, zagalillas.
¿Mas quién hay que no sepa,
En mirando mis ojos,
Que me muero por ella?
¿Pero qué mucho es esto,
Si nadie hay que la vea,
Que á sus ojos no viva
Y á sus manos no muera?
Porque en sus bellas manos
Puso el amor sus flechas,
Desde que sus ojuelos
Nos matan y saltean.
Este es el dueño mío,
De cuya deidad bella,
Bebiendo resplandores,
Soy águila en finezas.
Mas calle el venturoso
Que á tanta dicha llega;
Que las divinidades
Callando se celebran.

(*Maravillas del Parnaso*.)

1779.

(Anónimo.)

¡Ay, que me matas, pastora!
¡Ay, que mi fin se llegó!
Si no te ofendo en amarte,
¿Para qué tanto rigor?
¿Ay qué dolor! Ay qué dolor!
Pues lo permite Cupido,
Mas es tirano que dios.
«¡Ay qué dolor! Ay qué dolor!»
Desdeñosas crueldades
Contra el mas fiel corazón;
Porque tú las acreditas,
Las consiento, Nise, yo.
No porque en razon se funden,
Tengo por ley su razon,
Sino porque en mí es su gusto
Suave legislador.
«¡Ay qué dolor! etc.»
Mas que te sirvió mi vida,

Mi muerte te sirve hoy,
Si esta te crece los gustos,
Y aquella te los quitó.
Quien sirve muriendo, muera,
Pues muerto sirve mejor;
Que en la dicha del acierto
Hallará su galardón.
«¡Ay qué dolor! etc.»
Felicamente difunto,
Todo el valle me envidió;
Que morir por ti, zagala,
Es la ventura mayor.
A eterno mi nombre aspira,
Pues que por ti le erigió
Un bulto en cada memoria
Y en cada tronco un padrón.
«¡Ay qué dolor! Ay qué dolor!»

(Maravillas del Parnaso.)

1780.

A UN JILGUERO.
(Anónimo.)Hermoso jilguerillo,
Que del florido abril

La verde estancia dejas
Por otra mas feliz,
Dichoso tú mil veces,
Y felice otras mil,
Que á ser cuidado vienes
De un bello serafín.
Tú prisionero vives,
Yo libre, sin vivir:
¡Oh qué extremos son estos
De un corazón gentil!
Si en ese laberinto
Amor te tiene, di
Que sabes qué es amar
Para saber sentir.
Tú gozas los favores
Que yo te envidio, sí;
Pero yo los estragos
De su crueldad sin fin;
Mas dile al dueño mio
Lo que te digo á tí:
Que el fuego en que me abraso,
No lo puedo encubrir.

(Romances varios de diferentes autores.)

APÉNDICE II.

ROMANCILLOS VARIOS, HECHOS EN VERSOS CORTOS DE ENDECHAS¹.

ROMANCILLOS ALEGÓRICOS.

1781.

LA BARQUILLA.—I.

(De Lope de Vega Carpio.)

¡Pobre barquilla mía,
Entre peñascos rota,
Sin velas desvelada,
Y entre las olas sola!
¿Adónde vas, perdida?
¿Adónde, di, te engolfas?
Que no hay deseos cuerdos
Con esperanzas locas.
Como las altas naves
Te apartas animosa
De la vecina tierra,
Y al fiero mar te arrojas.
Igual en las fortunas,
Mayor en las congojas,
Pequeña en las delensas,
Incitas á las ondas.
Advierte que te llevan
A dar entre las rocas
De la soberbia envidia,
Naufragio de las honras.
Cuando por las riberas
Andabas costa á costa,
Nunca del mar temiste
Las iras procelosas.
Segura navegabas,
Que por la tierra propia
Nunca el peligro es mucho
Adonde el agua es poca.
Verdad es que en la patria
No es la virtud dichosa,
Ni se estima la perla
Hasta dejar la concha.
Dirás que muchas barcas
Con el favor en popa,
Saliendo desdichadas,
Volvieron venturosas.

No mires los ejemplos
De las que van y tornan;
Que á muchas ha perdido
La dicha de las otras.
Para los altos mares
No llevas cautelosa,
Ni velas de mentiras,
Ni remos de lisonjas.
¿Quién te engañó, barquilla?
Vuelve, vuelve la proa;
Que presumir de nave
Fortunas ocasiona.
¿Qué jarcias te entretejen?
Qué ricas banderolas
Azote son del viento
Y de las aguas sombra?
¿En qué gavia descubres
Del árbol alta copa,
La tierra en perspectiva
Del mar incultas orlas?
¿En qué celajes fundas
Que es bien echar la sonda,
Cuando, perdido el rumbo,
Erraste la derrota?
Si te sepulta arena,
¿Qué sirve fama heróica?
Que nunca desdichados
Sus pensamientos logran.
¿Qué importa que te ciñan
Ramas verdes ó rojas,
Que en selvas de corales
Salado césped brota?
Laureles de la orilla
Solamente coronan
Navíos de alto bordo
Que jarcias de oro adornan.
Que quien á su bien no torna,
No quieras que yo sea,
Por tu soberbia pompa,
Faetonte de barqueros
Que los laureles lloran.
Pasaron ya los tiempos,
Cuando lamiendo rosas
El céfiro bullía
Y suspiraba aromas.

Ya fieros huracanes
Tan arrogantes soplan,
Que salpicando estrellas,
Del sol la frente mojan;
Ya los valientes rayos
De la vulcana forja,
En vez de torres altas,
Abrasan pobres chozas.
Contenta con tus redes,
A la playa arenosa
Mojado me sacabas;
Pero vivo, ¿qué importa?
Cuando de rojo nácar
Se afeitaba la aurora,
Mas peces te llevaba
Que ella lloraba aljofar.
Al bello sol que adoro,
Enjuta ya la ropa,
Nos daba una cabaña
La cama de sus hojas.
Esposo me llamaba,
Yo la llamaba esposa,
Parándose de envidia
La celestial antorcha.
Sin pleito, sin disgusto,
La muerte nos divorcia:
¡Ay de la pobre barca
Que en lágrimas se ahoga!
Quedad sobre la arena,
Inútiles escotas,
Que no ha menester velas
Quien á su bien no torna.
Si con eternas plantas
Solamente coronan
Las fijas luces doras,
¡Oh dueño de mi barca!
Y en dulce paz reposas,
Merezca que te pidas
Al bien que eterno gozas,
Que adonde estás, me lleve,
Mas pura y mas hermosa.
Mi honesto amor te obligue;
Que no es digna victoria
Para quejas humanas
Ser las deidades sordas.

¡Mas ay que no me escuchas!
Pero la vida es corta:
Viviendo, todo falta;
Muriendo, todo sobra.

(VEGA CARPIO, La Doroleta.—It. Maravillas del Parnaso.)

¹ En este género de composiciones se incluyen aquellas cuya base principal es la combinación asonantada del romance, aunque por tener estribillo tengan semejanza con las letras ó villancicos.

² A la muerte de su esposa se cree hizo el poeta esta composición y las tres siguientes. Las dos primeras son en su género un modelo de perfección, de sensibilidad y de melancólica dulzura. En las dos últimas, sugeridas mas bien por la celebridad de las anteriores, que por la espontaneidad y original inspiración, el ingenio de Lope decaía y se arrastra imitándose y exagerándose á sí mismo. Sin embargo, las composiciones son buenas, y solo parecen serlo menos comparándolas con las que las precedieron.

1782.

LA BARQUILLA.—II.

(De Lope de Vega Carpio.)

Para que no te vayas,
Pobre barquilla, á pique,
Lastremos de desdichas
Tu fundamento triste.
Pero tan grave peso
¿Cómo podrás sufrirlo?
¿Si fuera de esperanzas,
No fuera tan difícil!
Del viento fuéron todas,
Para que no te lies
De grandes oceanos
Que las bonanzas lingen.
Halagan las orillas
Con ondas apacibles,
Peinando las arenas
Con círculos sutiles:
Serenas de semblante
Engañan los esquifes,
Jugando con los remos
Porque no los avisen;
Pero en llegando al golfo,
No hay monte que se empine
Al cielo, mas gigante,
Adonde tantos gimen.
Traidoras son las aguas;
Ninguno se confie
De condicion tan fácil,
Que á todos vientos sirve.
Tan presto ver el cielo
A las gaviotas permite,
Como que los abismos
Las rotas quillas pisen.
Ya, pobre leño mio,
Que tantos años fuiste
Desprecio de las ondas
Por Scilas y Caribdis,
Es justo que descanses,
Y en este tronco firme
Atado como loco,
Del agua te retires.
No inventes nuevas tablas
Ni al viento desafies;
Que ruinas del tiempo
Ninguna enmienda admiten.
Mientras te cuelgo al templo,
Victorioso apercibe
Para injustos agravios
Paciencias invencibles.
En la deshecha popa
Desengañado escribe:
«Ninguna fuerza humana

APÉNDICE II.

«Al tiempo se resiste.»
No te anuncien las aves
Tempestades terribles,
Ni el ver que entre las ramas
Airado el viento silbe;
No admires los que salen,
Ni barco nuevo envidies,
Porque le adornen jarcias
Y velas le entapicen;
A climas diferentes
La errada proa inclinen
Las poderosas naves
De Césares Felipes:
Antárticos tesoros
Alegres soliciten.
Diamantes orientales,
Zafiros y amatistas;
Las armas de las popas
Con generosos timbres
Los montes de agua espanten,
La tierra opuesta admiren;
Y tú, de solo el cielo
Cubierta, no porfies
A volver á las ondas,
De quien saliste libre.
Huye abrasadas Troyas,
Siendo al furor de Aquiles,
Enéas el silencio,
Y la virtud Anquises.
Cuando tú, dueño mio,
En esta orilla viste,
Saliendo de las aguas,
Salir á recibirme.
Aun no mostraba el alba
Sus candidos perfiles,
Riendo en azucenas,
Llorando en alielis.
Cuando á buscar regalos
Eras pomposo cisne
Por las ocultas sendas
Del reino de Anfitrite,
No temias tormentas
Ni encantadoras Circeas;
Que ya para sirenas
Era mi amor Ulises;
Y aun me vieron á veces
Sus cristalinas sirtes,
Búzaro de las perlas
Y de los peces linces.
¿Qué pesca no le truje
Cuando la noche viste
De sombras estos montes
Que con mi amor compiten?
Y no en luciente plata,
Sino en tejidas mimbres;
Que donde vienen almas
Son las riquezas viles.
No hay cosa entre dos pechos
Que mas el alma estime,
Que verdades discretas
En apariencias simples.
Ya la temida parca,
Que con igual pié mide
Los edificios altos
Y las chozas humildes,
Se la robó á la tierra,
Y con eterno eclipse
Cubrió sus verdes ojos;
Ya de los cielos iris,
Aquellas esmeraldas
Que con el sol dividen
La luz y la hermosura,
En otro cielo asisten.
Aquellos que tuvieron,
Riéndose apacibles,
La honestidad por alma,
Que no el despejo libre,
Ya de su voz no tienen,
Que dulcemente imiten

Los arroyos pasajes,
Los ruiseñores típles.
No sé cuál fué de entrambos,
Bellísima Amarflis,
Ni quién murió primero,
Ni quién agora vive.
Presumo que trocámos
Las almas al partirte;
Que pienso que es la tuya
Esta que en mi reside.
Tendido en esta arena,
Con lágrimas repite
Mi voz tan dulce nombre
Porque mi pena alivie.
Las ondas me acompañan,
Que en los opuestos fines
Con tristes ecos suenan,
Y lo que digo dicen.
No hay roca tan soberbia,
Que de verme y oirme
No se deshaga en agua,
Se rompa y se lastime.
Levantán las cabezas
Las focas y delphinés,
A las amargas voces
De mis acentos tristes.
No os admireis, les digo,
Que llora y que suspira
Aquel barquero pobre
Que alegre conocisteis.
Aquel que coronaban
Laureles por insigne,
Si no miente la fama
Que á los estudios sigue,
Ya por desdichas tantas
Que le humillan y oprimen,
De lúgubres cipreses
La humilde frente ciñe.
Ya todo el bien que tuve
De verte, me despide:
Su muerte es esta vida
Que me gobierna y rige.
Ya mi amado instrumento,
Que hazañas invencibles
Cantó por admirables,
Lloró por infelices,
En estos verdes sauces
Ayer pedazos hice.
Supieronlo barqueros,
Enojados me riñen:
Cuál toma los fragmentos
Y á unirlos se apercibe;
Pero difunto el dueño,
¿Las cuerdas de qué sirven?
Cuál le compone versos;
Cuál, porque no le pisen,
Le cuelga de las ramas,
Transformacion de Tisbe.
Mas yo, que no hallo engaño
Que tu hermosura olvide,
A cuanto me dijeron
Llorando satisface.
Primero que me alegre
Será posible unirse
Este mar al de Italia
Y el Tajo con el Tíbre.
Con los corderos mansos
Retozarán los tigres,
Y faltará á la ciencia
La envidia que la sigue;
Que quiero yo que el alma
Llorando se destile,
Hasta que con la suya
Esta unidad duplique;
Que puesto que mi llanto
Hasta morir porfíe,
Tan dulces pensamientos
Serán despues fenices.
En bronce sus memorias